

Liderazgo militar de Miguel de Cervantes Saavedra,
soldado de las Fuerzas Especiales de Élite de los Tercios españoles,
en medio de fuego, sangre y carnicería.

Krzysztof Sliwa

**Liderazgo Militar de Miguel de Cervantes Saavedra,
soldado de las Fuerzas Especiales de Élite de los Tercios
españoles, en medio de fuego, sangre y carnicería.**

Krzysztof Sliwa

*Dedicado a
Brigada de Infantería
Miguel Ángel Domínguez Rubio,
decorado con la Cruz del Mérito Militar
con distintivo Blanco
la Cruz de la Real y Militar
Orden
de San Hermenegildo
la Medalla de la OTAN,
antigua Yugoslavia,
Jefe de la Oficina de Comunicación,
Regimiento de Infantería,
“Tercio Viejo de Sicilia”, N.º 67,
en reconocimiento de su amor, sacrificio y valentía,
a nuestra dulce España,
patria de los héroes.*

«...SON LOS ESPAÑOLES QUE AMAN MÁS LA HONRA
QUE LA VIDA, Y TEMEN MENOS LA MUERTE
QUE LA INFAMIA...»
(LONDOÑO 1593).

Diseño: Alejandra Moreno



REFLEXIONES

Basándome en los documentos y *magnum opuses* de Miguel de Cervantes Saavedra (1547-1616) afianzo que el héroe de la batalla naval de Lepanto no solo sintió la llamada a la grandeza del alma y abogó por el honor, la integridad, la justicia, el liderazgo y la victoria sino también luchó como un soldado de las Fuerzas Especiales de Élite de los Tercios de *Felipe el Prudente* (1527-1598) para liderar exitosamente cualquier misión, sacrificarse por el triunfo del *Hispaniarum et Indiarum Rexi*, y estar listo a pagar el máximo precio por la libertad de su «dulce España» (El Trato de Argel).

Desde su niñez su meta fue convertirse en alguien especial y tenía varias opciones, *verbi gratia*, comerciales, jurídicas, literarias, médicas y militares, empero le llegó al corazón la trayectoria bélica de los invencibles Tercios españoles.

Por eso, el General de Brigada Luis Feliú Bernárdez declaró que «el genio de las letras tuvo otra intención vital: quiso ser y fue soldado» (2016, 5), cuyo dictamen respaldó con el texto literario que precisa que «yo tengo más armas que letras, y nací, según me inclino a las armas, debajo de la influencia del planeta Marte» (*El Quijote*, II-VI).

Miguel, a partir de los 19 años de edad, en la primavera de 1567 formó parte del Ejército del duque de Alba, Fernando Álvarez de Toledo (1507-1582), fue el genial soldado de la V compañía del capitán Manuel Ponce de León (1539-1622), del Tercio del maestro de campo, Lope de Figueroa y Barradas (1541/42-1585), la que desde finales de 1573 fue incorporada en el Tercio Fijo de la Isla de Sicilia del maestro del campo, Diego Enríquez de Castañeda y Manrique (1535-1601), y el 26 de septiembre de 1575 fue capturado por los corsarios berberiscos, quienes no solo se apoderaron de sus «recaudos de Roma, donde en una caja de lata los traía con la cédula de los 1.600 ducados» (*La española inglesa*) sino también le convirtieron en un esclavo argelino del capitán Mamí Arnaut, «el más cruel y fiero enemigo que hoy día tienen los cristianos» (Haedo 1612, 125). Los detalles de su bestial esclavitud narró en *El Trato de Argel* así:

*«Cuando llegué cautivo y vi la tierra tan nombrada en el mundo,
que en su seno tantos piratas cubre, acoge y cierra, no pude al llanto
detener el freno, que, a pesar mío, sin saber lo que era,
me vi el marchito rostro de agua lleno».*

Por lo que atañe a sus cuatro fugas recuerdo que fue la obligación moral de cada prisionero de guerra fue escapar de la cautividad y ayudar a los demás a volver a sus filas si fueron tomados por las fuerzas enemigas. El General Francisco Ramos Oliver cita las Reales Ordenanzas que avalan la sublime conducta de Cervantes de esta forma:

En el caso de caer prisionero, todo combatiente tendrá en cuenta que sigue siendo un militar en su comportamiento ante el enemigo y ante sus compañeros de cautividad [...] y hará todo lo necesario para evadirse y ayudar a que sus compañeros lo hagan (2015, 87).

En vista de ello, rechazo las acusaciones deshonorosas sin un ápice de credibilidad de algunos eruditos, quienes no exhibieron un solo documento legal contra la ejemplaridad del héroe de la Batalla en Náfpaktos.

A la vez creo que el liderazgo visionario de Miguel, prisionero de guerra durante su salvaje opresión argelina, y no narcisista como lo circulan algunos biógrafos sin un solo dato jurídico, comenzó durante su niñez mientras participaba en los juegos de guerra con su hermano Rodrigo y sus amigos en la ciudad natal de Alcalá de Henares que contaba con un fuerte militar, llamado Qal'as Abd al Sālam, erigido durante la época musulmana en las afueras del cerro Ecce Homo para proteger a sus habitantes.

A este respecto, su padre Rodrigo era un muy buen amigo de Álvaro de Sande (1489-1573), prisionero en la torre del mar Negro, a quien «los [Cervantes] habían tratado y acompañado en *Complutum*» (Sliwa 2001, 213-15), y por ello, considero que Álvaro fue uno de los protectores más autoritarios de Miguel durante su formación bélica inicial en *Lo stivale*.

De igual modo, juzgo que Cervantes ha tenido la bendición de rodearse de grandes personajes, quienes lideraron desde el alma, y quienes invirtieron en su carácter, por ejemplo: su queridísima madre Leonor, una mente comercial;



su padre Rodrigo, médico cirujano, su abuelo paterno, Juan de Cervantes, juez de los bienes confiscados por el Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición de Córdoba, su tío paterno Andrés de Cervantes, alcalde ordinario de Cabra; su maestro Juan López de Hoyos (1511-1583), su hermano Rodrigo, héroe de la Batalla de Vila Franca do Campo, el III duque de Sesa, Gonzalo Fernández y Córdoba y Fernández de Córdoba (1520/21-1578), don Juan de Austria (1547-1578), y el cardenal Giulio Acquaviva d'Aragona (1546-1574).

Fundándome en los testimonios históricos alego que Miguel cumplió su brillante, ejemplar y honorable servicio militar bajo los siguientes genios militares, que hicieron brillar la Corona Real de *Friedensfürst* en su Imperio, donde el sol nunca se ponía porque *Dios s'era fatto Spagnolo*: el III duque de Alba de Tormes, Fernando Álvarez de Toledo y Pimentel (1507-1582), Giovanni Andrea Doria (1539-1606), almirante de la Flota genovesa, Marco Antonio Colonna (1535-1584), Capitán General de la Flota de los Estados Pontificios, el capitán Francisco Molín de la galera *Marquesa*, el maestre de campo de Miguel de Gurrea y Moncada (?-1612), el capitán Manuel Ponce de León del Tercio del maestre de campo, Lope de Figueroa y Barradas, el sargento mayor de la infantería española, Francisco de Aldana (1537-1578), don Juan de Austria, el maestre de campo del Tercio Fijo de la Isla de Sicilia, Diego Enríquez de Castañeda y Manrique, el virrey del Reino de Sicilia, Carlo d'Aragona Tagliavia (1530-1599), el secretario del Consejo de Estado (1579-1587), Juan de Idiáquez y Olazábal (1540-1614), el almirante Álvaro de Bazán y Guzmán (1526-1588), I marqués de Santa Cruz, y posiblemente el general de todo el Ejército Imperial en Italia, Álvaro de Sande.

Gracias a estos verdaderos genios castrenses y de espionaje, entre otros, Miguel aprendió a desarrollar su mentalidad ofensiva, convirtiéndose en un prestigioso líder militar y sus abrumadores logros se ejecutaron debido a sus buenas relaciones, la primera clave para mayor éxito, con las personas que le ayudaron a llegar a ser grande para liderar a otros como un efectivo dirigente militar, un extraordinario espía, y un eficiente gerente comercial.



Los datos y textos cervantinos desvelan que su primera expedición militar sucedió cuando el III duque de Alba salió de Madrid, el 15 de abril de 1567, para besar las manos de Felipe II en Aranjuez. Por entonces, Miguel «tuvo nuevas que el Gran duque de Alba pasaba a Flandes» (El Quijote, I-XXXIX) y creía

que sería bueno ver a Italia y a Flandes y otras tierras y países [...], y que en esto, a lo más largo, podía gastar tres o cuatro años, que añadidos a los pocos que él tenía, no serían tantos que impidiesen volver a sus estudios (El licenciado Vidriera), y [...] fuime con él, servirle en las jornadas que hizo, halléme en la muerte de los condes de Eguemón y de Hornos, alcancé a ser alférez de un famoso capitán de Guadalajara, llamado Diego de Urbina (El Persiles).

También la carta de su madre, del 5 de diciembre de 1576, acredita que Miguel y Rodrigo sirvieron en Flandes e Italia. Sin duda, Cervantes, virtuoso de corazón, quiso «pasar a Italia a probar ventura en el ejercicio de las armas [...]» (*Las dos doncellas*).

Así pues, el 17 de abril de 1567, los hermanos Cervantes llegaron a *La Ciudad Portuaria*, donde Andrea Doria estuvo con 37 galeras, y allí también se embarcaron 15 banderas de Infantería española de bisoños y 2 en Tarragona que se había mandado levantar para instalarlos en Cerdeña, Lombardía, Nápoles y Sicilia.

Pero debido a su temprana edad, Miguel tuvo problemas de ser parte del convoy, empero se disculpó así:

¿Es posible que el señor Alcalde, por una niñería que no importa tres ardites, quiera quitar la honra a dos tan insignes estudiantes como nosotros, y juntamente quitar a su Majestad dos valientes soldados, que íbamos a esas Italías y a esos Flandes a romper, a destrozár, a herir y a matar los enemigos de la santa fe católica? (El Persiles), y depuso que por estos papeles podrá ver vuesa merced quiénes somos y adónde vamos, los cuales no era menester presentarlos, porque ni pedimos limosna, ni tenemos necesidad de pedirla; y así, como a caminantes libres, nos podían dejar pasar libremente (ibid.).



Es incomprensible cuándo Miguel llegó a ser soldado, sin embargo tenía que seguir el artículo de *Las Ordenanzas* de 1555 que ordenaba que

todas las personas que no fueren soldado de ir en escuadros, no puedan caminar sino juntándose con el bagaje y siguiendo la bandera del, so pena de la vida [...] y todas las personas que no fueren soldados o en orden para poder ir en escuadrón, no puedan ir ni vayan sino con el bagaje, siguiendo la bandera que ira con el dicho bagaje, so pena de tres tratos de cuerda y de ser desbalijados.

El 25 de junio de 1567, el duque de Alba partió con 10.848 hombres, 1.500 jinetes y 9.348 hombres de Infantería desde Asti a Flandes, beneficiándose por primera vez de *El Camino Español*, ideado por el cardenal Antonio Perrenot de Granvela (1517-1586), un corredor militar logístico de 1.000 km con una media de 23 km a pie al día, que comenzaba en *El Corazón de la Monarquía* y terminaba en Bruselas.

El 20 de agosto de 1567, el *duque de Hierro* vino a Namur, el 22 de agosto estuvo en la capital bruselense y al arribar a Amberes los hermanos Cervantes «recibieron cartas de sus padres» (*La Señora Cornelia*).

Miguel testimonió que «llegó a Amberes, ciudad no menos para maravillar que las que había visto en Italia. Vio a Gante, y a Bruselas, y vio que todo el país se disponía a tomar las armas para salir en campaña el verano siguiente» (*El licenciado Vidriera*).

Debido al recorrido del Corredor Sardo en 56 días de marcha Miguel empezó a amar la vida militar y de ahí fomentó el amor a Dios, España, el liderazgo castrense, proveniente de su corazón de soldado, y la lectura porque era «aficionado a leer aunque sean los papeles rotos de las calles» (*El Quijote*, I-XXXIX), visto que en 1605 se convertirá en el mejor novelista, cuyo *don Quijote* «expresa toda una visión completa de la personalidad del soldado» según el General de Brigada de Infantería José Ángel Armada de Sarriá (2005, 6) y hoy es considerado el segundo libro más leído tras la Biblia.



En el curso de dicha operación, algunas de sus instrucciones marciales fueron ponerse en línea, romper el contacto, avanzar de la derecha a la izquierda, practicar la maniobra de flanqueo y conocer las estrategias aplicadas por los famosos líderes belicosos: el cartaginés Aníbal Barca (247-183 a.C.), «padre de la estrategia», el genio de la guerra de relámpago, Gayo Julio César (100 a.C-44 a.C.), el genio táctico Jálid ibn al-Walid ibn al-Mughira al-Majzum (584-642), y el gran estratega Gonzalo Fernández de Córdoba y Enríquez de Aguilar (1453-1515), quien sustituyó la guerra de choque por la táctica de defensa-ataque. Miguel tenía que imitar a los Romanos

y el principal y más necesario ejercicio es usarse a sufrir incomodidades para no sentir el mudar cada día alojamiento, como siendo posible se debe hacer [...] ejercitarse en todos los géneros de ejercicios necesarios al próspero suceso y caminar con presteza e igualdad [...] a paso militar en cinco horas de verano se debían caminar veinte mil pasos, y que a paso más apresurado, que llamaban pleno en otras tantas horas se debían caminar veinte y cuatro mil [...], correr, de manera, que no se podía definir el espacio de la tal carrera y porque muchas veces era necesario el correr, hacían que sus soldados se ejercitasen en ello, para que cuando se ofreciese, ocupasen con mayor claridad algún paso o lugar oportuno [...] y ejercitar en saltar porque ocurriendo tales necesidades y dificultades, pudiesen sin trabajo pasarlas, y porque no todas veces se hallan puentes o barcos para pasar algunas riberas o torrentes (Londoño 1593).

De hecho Miguel aprendió a preparar su mente, alcanzar su objetivo, definir su misión de la vida militar, simplificar el campo de batalla, y desarrollar muy buenas relaciones con sus supervisores y compañeros de armas, ya que señaló que «tanto alcanza de fama el buen soldado cuanto tiene de obediencia a sus capitanes y a los que mandar le pueden» (*El Quijote*, I-XXXIX).

Además, entendió que su carácter y honor tenían que ser firmes, su palabra fue su fuerte lazo, y su liderazgo fue un privilegio.



Cervantes explotó sus debilidades y descubrió su propósito dado por Dios que fue educarse a sí mismo con la meta de un auténtico líder y un honorable guerrero lo mejor posible mediante el diario ejercicio, el brutal entrenamiento, y el mortal combate.

La simplicidad fue la clave de su éxito y percibió que siempre tenía que proceder según los más altos principios militares de la guerra para alcanzar una decisiva victoria y un perpetuo legado porque bajo los espléndidos Tercios no había lugar para el fracaso, y por eso a todo precio tenía que ganar, ganar y seguir ganando.

Su autodisciplina fue la óptima disciplina y aprendió que el comandante en jefe y sus soldados servían a su patria con el honor dentro y fuera del campo de batalla, y sus compañeros esperaban ser liderados con el ejemplo, la integridad, la devoción, la perseverancia, la amistad, la lealtad y el sacrificio.

En este sentido, el Coronel de Artillería José Antonio Crespo-Francés observa que estas consideraciones del Caballero de la triste Figura latén lo que prescribe el artículo 44 de las Reales Ordenanzas, código de conducta de todo el que se honra siendo soldado:

Se esforzará en alcanzar una sólida formación moral e intelectual, un perfecto conocimiento de la profesión y una adecuada preparación física [...] que le permitan cumplir sus misiones con la debida competencia y actuar con eficacia en el combate (González 2005, 26-27).

Unas de las restricciones militares que Cervantes tenía que respetar, fueron:

1. -el blasfemar de Dios y jurar su santo nombre en vano es grandísimo pecado,
2. -ningún soldado reniegue ni blasfeme, so pena por la primera vez de 30 días de prisión, por la segunda vez sesenta, además de ser traído a la vergüenza con una mordaza a la lengua, y por la tercera puesto en galera perpetua, o a voluntad,
3. -ningún soldado juegue a juegos ilícitos que provocan a reniegos, blasfemias, y juramentos,
4. -ningún soldado beba, de manera, que se emborrache, so pena de ser castigado por infame y todos los soldados se confiesen al menos una vez en el año,



5. -ningún soldado después de recibido por el Capitán, aprobado y asentado por los oficiales del sueldo, no mude compañía sin licencia en escrito de su Capitán, vista y confirmada por el Maestro de Campo, especialmente para ir a otros tercios, so pena de ser desterrado por infame del ejército, y no poder ganar jamás sueldo de su Majestad,
6. -ningún soldado salga a hacer noche fuera del ejército o lugar dónde estuviere su bandera, sin llevar en escrito licencia de su Capitán, en la cual se diga dónde va, y los días que ha de estar ausente, so pena si fuere aventajado, de perder la ventaja, y si de paga sencilla el sueldo de un mes, o más,
7. -ningún soldado deje de presentarse a las muestras contadas las armas que por orden del Capitán estuviere obligado a servir propias, enteras, y bien aderezadas, so pena que le sea entretenido el sueldo o ventaja que tuviere particular,
8. -ningún soldado, ni otra persona, habiendo enemigos en campaña, ande en el ejército sin cruz o banda roja cosida, so pena de castigo arbitrario porque no trayendo las cruces o bandas, cosidas pueden andar espías seguramente, y si algún soldado entendiere que otro sirve de espía o trata con los enemigos y no lo descubriere a su superior incurra en la misma pena del principal (Londoño 1593).

De esa manera, se plantea la pregunta, ¿cuál fue su motivación para convertirse en un mejor hombre y un ejemplar soldado? Obviamente, su deseo surgió de su noble corazón por Dios, Felipe II, y sus valores personales. Su fuerza impulsora fue el espíritu de disciplina, fe, amor, confianza, oración, verdad y sabiduría, y no el espíritu de cobardía, deslealtad, envidia, miedo, hipocresía, inferioridad y negatividad como lo señalan algunos biógrafos sin ningún documento.

Como resultado de su expedición a Flandes, Cervantes encontró su nuevo propósito de la vida que fue vivirla con la ética militar, la fidelidad, el honor, la solidaridad y la persistencia en el empeño.

Pese a ello, se desconoce cuándo Miguel volvió de su expedición de Flandes a su «dulce España», pero a buen seguro se enfrentó a una nueva realidad, es decir, estar en la Guerra de las Alpujarras (1568-1571), segundo levantamiento contra la Corona de Castilla, después del primer estallido de la rebelión de las Alpujarras (1499-1501), en el que intervino su abuelo Juan de Cervantes. Fue como un sueño hecho realidad, a Miguel y a Rodrigo se les brindó la intervención en *la guerra a fuego y a sangre*.



Aunque algunos investigadores se diferenciarán con mi punto de vista, es difícil imaginarse que Miguel no tomó parte en la Revuelta Morisca, sabiendo que a su tío Andrés de Cervantes le correspondió la preparación de las fuerzas de Cabra de acuerdo con el mandamiento del 22 de enero de 1569, signado por la duquesa María en Baena, dirigido a los Concejos, Justicias y Regimientos de Baena, Cabra, Rute e Iznájar, y ordenado por el III duque de Sesa, que reza que «para el socorro de la Alpujarra, vaya de este Estado cincuenta lanzas y trescientos arcabuceros y ballesteros; han de ir de esta villa veinte lanzas y cien arcabuceros» (Moreno Hurtado 2017, 61-67).

Gracias a otros dos nuevos testimonios del excelente investigador Moreno Hurtado se documenta que el miércoles 26 de enero de 1569 Andrés condujo la reunión tocante a la preparación militar de la Guerra alpujarreña, y el sábado 29 de enero se acordaba «notificar a cuantiosos, arcabuceros, ballesteros, piqueros y demás gente de guerra, con un plazo de diez días para acudir con sus armas y caballos» (ibid., 60).

A mi manera de entender Cervantes no solo tuvo su primer bautismo de fuego durante la rebelión de los moriscos de la Alpujarra granadina, la quinta columna de los turcos, donde era arcabucero con su hermano Rodrigo sino también conoció a sus amigos y futuros comandantes, *exemple gratia*, a Diego Hernando de Acuña (1520-1580), Luis Barahona de Soto (1548-1595), Diego Hurtado de Mendoza (1503-1575), Juan Rufo Gutiérrez (1547-162), Luis Gálvez de Montalvo (1549-1591), al VI señor de Higares, Fernando Álvarez de Toledo (1553-1638), al capitán Pedro de Lodeña, a Martín Padilla y Manrique (1540-1602), quien participó en la batalla de Lepanto y en la defensa de Lisboa contra Francis Drake (1540-1596) y dirigió la invasión española de Inglaterra en 1597, a Pedro de Padilla y Meneses (1533/34-1599), capitán de infantería en Flandes, quien estuvo a las órdenes de don Juan en las Alpujarras, intervino en *Battaglia di Lepanto*, entró en la expedición en Navarino y se destacó en la toma de las islas Terceras, y a Pedro Laínez (1538-1584) y su hermano Bernardino de Ugarte.



En realidad es asombroso que ningún biógrafo cervantino haya dedicado un estudio a la cooperación de los Cervantes en el aplastamiento del levantamiento alpujarreño y sorprende que los nuevos datos del profesor Moreno Hurtado sobre la administración de las tropas de Andrés hayan sido dejados en el tintero por los eruditos.

es chocante que ningún cervantista llevó a cabo una investigación exhaustiva sobre los amigos y superiores castrenses de Miguel, quienes lucharon en la Alpujarra, y cuya mayoría asistió a las mismas campañas antes y después de la Batalla de Lepanto.

Además de ello, los eruditos ocultaron cuatro datos que atestiguan que Miguel en 1568 era un soldado: el 17 de marzo de 1578, Rodrigo entregó un cuestionario sobre el servicio militar de Miguel, donde afirmó que su hijo había servido «a Su Majestad de diez años a esta parte» (Sliwa 1999, 49-50), el 20 de marzo de 1578, Antonio Godínez de Monsalve, y el 1 de abril de 1578, Beltrán del Salto y de Castilla pusieron a Dios por testigo que Cervantes había servido a «su Majestad diez años a esta parte» y el 6 de junio de 1590, Miguel juró que «ha servido a V.M. muchos años en las jornadas de mar y tierra que se ha ofrecido de veinte y dos años a esta parte» (ibid., 53-55, 225).

Aparte de ello, algunos estudiosos argumentan sin ningún dato creíble que Miguel era demasiado joven para unirse a las Fuerzas Armadas.

En efecto, discrepo con ellos, ya que el historiador Salvatore Leonardi difundió que el maestro de campo Lope de Figueroa lanzó su carrera militar «siendo de edad de quince años [...] se fue a seguir la guerra contra la voluntad de sus padres por su mucha niñez» (2013, 273-384).

Avanzando en el tiempo sabemos que en la primavera de 1569 Miguel tuvo una pelea con Antonio de Segura que se produjo en unos terrenos cercanos al palacio real o Alcázar, sede de la Corte y residencia de la familia real, si es que no se produjo incluso dentro del mismo recinto, haciendo más grave lo que, de no haber sido por el lugar donde se produjo, se hubiera tomando por un duelo más sin tan graves consecuencias (Cabañas 2017, 81).



Debido a lo cual, Cervantes tomó las de Villadiego, ya que echó mano con presteza de su espada contra Antonio, a quien hirió gravemente, y por este motivo, el 15 de septiembre de 1569, Felipe II traspasó una providencia, que dice que «cualquier que sacare cuchillo o espada en la nuestra Corte para reñir y pelear con otro, que le corten la mano» (Sliwa 1999, 38-39), al alguacil Juan de Medina para «prender a Miguel por haber dado ciertas heridas a Segura, para que con vergüenza pública le fuese cortada la mano derecha y estuviese en destierro de nuestros reinos por 10 años» (ibid.)

A juzgar por el contenido del documento «se procedió en rebeldía contra un tal Miguel de Cervantes, ausente» (ibid., 39), quien «se andaba por estos nuestros Reinos y que estaba en la ciudad de Sevilla y en otras partes» (ibid.) como un estudiante de acuerdo con algunos cervantistas, y no como, a mi parecer, un arcabucero de una de las compañías de Figueroa durante la sublevación alpujarreña.

Entonces surgen dos preguntas:

¿qué hacía Miguel en Sevilla?, centro de aprovisionamiento de material militar, de redistribución de armas, y agente reclutador de la ciudad más populosa de Europa, la que en 1568 aportó con motivo de la rebelión morisca «2.000 hombres de a caballo y 8.000 infantes» (Morales Padrón 1992, 222), y ¿a qué se refieren «otras partes»? (Sliwa 1999, 38-39).

La profesora Cristina de Mora Lorenzo entiende que

Cervantes se marchó apresuradamente de Madrid a fines de 1568 con rumbo a Sevilla. No sabemos a ciencia cierta cuáles fueron los motivos que impulsaron a Miguel a abandonar su carrera y a su familia en uno de los pocos momentos en los disfrutaban de cierta holgura económica y resulta contradictorio el hecho de que Cervantes, en su hoja de servicios, declare dos veces haberse alistado como soldado desde 1568 siendo totalmente falso (2005, 15-16).

Pese a ello, el texto cervantino, cuya acción ocurrió en Sevilla cuando Berganza vio las ganas de venganza de su propio amo reafirma que Miguel decidió escapar a Mairena, donde estuvieron unos soldados que iban a embarcarse en un barco con destino a Cartagena, puesto que depuso en el



Coloquio de los perros que

yo sin despedirme de nadie, por un agujero de la muralla salí al campo, y antes que amaneciese me puse en Mairena, que es un lugar que está cuatro leguas de Sevilla. Quise mi buena suerte que hallé allí una compañía de soldados que, según oí decir, se iban a embarcar a Cartagena y determiné [...] seguir aquella jornada, aunque me llevase a Italia o a Flandes.

Al llegar a Roma, Cervantes sirvió como camarero de capa y espada desde los últimos meses de 1569 hasta los principios de 1570 en el Palacio del cardenal Giulio Acquaviva, donde en sus horas libres leía en italiano, ya que confesó que «sé algún tanto del toscano y me precio de cantar algunas estancias del Ariosto» (*El Quijote*, II-LXII), haciendo «el escrutinio de la librería» (ibid., I-VI).

Empero bajo la influencia de sus amigos y la inminente guerra contra el Imperio otomano de Selim II (1524-1574), Miguel entró en su primer servicio militar en Italia debido a la recomendación de Giulio Acquaviva y su padre Giovanni Girolamo I Acquaviva d'Aragona (1521-1592), quien con su hijo Adriano Acquaviva d'Aragona (1544-1607), luchó en Lepanto, íntimos amigos de Marcantonio, de quien en el Palacio Cervantes oyó «muchas veces decir de V.S.I. al cardenal de Acquaviva, siendo yo su camarero en Roma» (*La Galatea*).

Con certeza, su primer servicio bélico fue bajo Marcantonio, quien dirigió numerosas operaciones navales antes de la batalla de Lepanto, y a quien *El Príncipe de las Letras* sirvió más de 2 años, lo que relata en la dedicación de *La Galatea* (1585) al cardenal italiano Ascanio Colonna (1560-1608), donde expuso haber seguido

algunos años las vencedoras banderas de aquel Sol de la Milicia que ayer nos quitó el cielo delante de los ojos, pero no de la memoria de aquellos que procuran tenerla de cosas dignas de ella que fue el excelentísimo padre de V.S.I. T



Aun así, los estudiosos anuncian dicha confesión como una magnificación o una mentira sin aportar ni un documento fiable al contrario. Sin embargo, a Cervantes se le brindó el momento oportuno de recuperar su reputación castrense y entrar en el ejército que tanto amaba, puesto que «el Turco bajaba con una poderosa armada y no se sabía su designio, ni adónde había de descargar tan gran nublado» (*El Quijote*, II-I).

Cierto, son imprecisos el día y el mes de su llamada a filas, pero eso no aconteció en 1569 y efectivamente no se enlistó en la compañía del capitán de Diego de Urbina como lo difunden falsamente los biógrafos cervantinos, omitiendo el dato del 22 de diciembre de 1569, que exterioriza que el padre de Cervantes elaboraba la prueba de pureza de sangre para su hijo, «residente en Roma» (Sliwa 1999, 40).

Según el historiador Ricardo de Hinojosa y Naveros (1860-1919) Marcantonio fue «general de las tropas pontificas antes de abril de 1570» (1896, 185-186) y acorde al historiador Juan Luis Sánchez Martín, Marcantonio fue nombrado el general de la escuadra de las galeras pontificas, estacionada en Civitavecchia, desde el 11 de junio de 1570, cuya escuadra fue parte de las 12 galeras, reunidas con las 16 galeras de Juan Andrea Doria en La Suda, el 1 de septiembre de 1570 (2016, 178), para organizar la expedición de socorro de Chipre y levantar el sitio de Nicosia.

En vista de ello, Miguel se enroló en las Fuerzas Armadas pontificas a principios de 1570 y participó en la fracasada campaña de socorro de Nicosia al mando de Marcantonio, Juan Andrea Doria, y Álvaro de Bazán, cuya marcha fue emprendida el 30 de agosto de 1570 y abandonada después de la pérdida de Nicosia. Según *El amante liberal*

llegaron a la fuerte isla de Corfú, donde hicieron agua, y posteriormente sin detenerse pasaron por los infamados riscos acroceraunos y luego atravesaron por el lugar donde empezó *El amante liberal* así:

¡Oh lamentables ruinas de la desdichada Nicosia, apenas enjutas de la sangre de vuestros valerosos y mal afortunados defensores! Si, como carecéis de sentido, le tuviéades ahora, en esta soledad donde estamos.



Cuenta que mirando desde un recuesto las murallas derribadas de la ya perdida Nicosia; y así hablaba con ellas, y hacía comparación de sus miserias a las suyas, como si ellas fueran capaces de entenderle.

Miguel sirvió en una compañía de Marcantonio hasta la llegada de su hermano Rodrigo a Nápoles el 25 de julio de 1571 y a Génova el 26 de julio de 1571, quien fue uno de los 2.259 soldados de la compañía del capitán Diego de Urbina, repartidos en el Tercio de Miguel de Moncada y en el de Lope de Figueroa.

Cervantes recordó la arribada de don Juan en Génova, el 6 de agosto de 1571, así: «Quiso mi buena suerte que el señor don Juan de Austria acababa de llegar a Génova, que pasaba a Nápoles a juntarse con la armada de Venecia» (*El Quijote*, I-XXXIX).

El historiador Sánchez Martín piensa que Miguel ingresó en la compañía de Urbina «entre el 9 de agosto y el 19 de agosto de 1571 en Nápoles, y no en junio, julio o septiembre del mismo año» (2016, 176) como lo divulgan incorrectamente los biógrafos cervantinos.

Empero, hasta hoy es oculto en qué compañía servía Cervantes antes de enlistarse en la compañía de Urbina, pero tenía que poseer la licencia de su capitán y de Marcantonio según el artículo de *Las Ordenanzas* de 1568 que hace saber que «ningún Capitán ni alférez pueda recibir en su compañía ningún soldado de compañía ajena sin consentimiento expreso de su primer Capitán y licencia de sus Maestres de Campo».

La carta del 25 de agosto de 1571 de don Juan a García Álvarez de Toledo Osorio (1514-1577), Capitán General de las galeras de Nápoles, pone en claro la presencia de tropas españolas en la escuadra veneciana de esta forma:



Hallé aquí a Marco Antonio de Colonna con las doce galeras de su Santidad, que están a su cargo, bien en orden; asimismo hallé a Sebastián Vernier, general de la armada de los venecianos, con cuarenta y ocho galeras, seis galeazas y dos naves; éstas no están tan en orden cuanto yo quisiera y fuera necesario [...] Hame certificado el dicho general que muy en breve se esperan otras sesenta galeras que tienen en Chipre [...] y las galeras de venecianos comencé a visitar ayer y estuve en su capitana: no podrá creer Vmd., cuan mal en orden están de gente de pelea y marineros (distingue entre los soldados de Infantería que eran los que luchaban y los marineros, encargados del funcionamiento de las naves) (Fernández Nieto, 2014, 214-215).

Dada esta situación que todavía es peor cuando llegan las galeras desde Chipre, don Juan, pese a la resistencia de los venecianos, decide embarcar en sus naves «cuatro mil soldados de Infantería, dos mil quinientos españoles y mil quinientos italianos, tropas de los Tercios de España, y además refuerza la escuadra para mayor eficacia, como así fue, con las dos galeras *Marquesa y Fortuna*» (ibid.).

El 1 de septiembre de 1571 llegaron las 60 galeras de Venecia a Mesina, el 8 de septiembre don Juan pasó revista a la flota fondeada en Mesina «en la que admitió en sus naves, las venecianas, 4.000 soldados de las tropas al servicio del rey de España» (Crespo-Francés, 2016, 8), y el 9 de septiembre comunicó que

con la ocasión de una estafeta que despacho a Nápoles me ha parecido avisar a Vmd. que estos señores venecianos a la fin se han acabado de resolver en tomar en sus galeras 4000 infantes de los de S. M., es a saber 2500 españoles y 1500 italianos (ibid.).

El domingo 7 de octubre de 1571, a las 7 de la mañana, don Juan a bordo de *La Real* decidió enfrentarse en formación de *Cruz* contra la formación de su enemigo *Media Luna*, y en aquel momento, Miguel formó parte de la Tercera Escuadra de las 54 naves del comandante Agustín Barbarigo, ubicada al ala izquierdo de *La Real*.



Según el dato del 20 de marzo de 1578, el alférez Mateo de Santisteban garantizó que comenzó a «conocer al dicho Miguel de Cervantes, que fue el día que el dicho Miguel de Cervantes sirvió en la dicha batalla, y era soldado de la compañía del capitán Diego de Urbina en la galera *Marquesa* de Juan Andrea» (Sliwa 1999, 49-50).

Dicha declaración evidencia que Cervantes luchó en la única galera genovesa *Marquesa*, perteneciente a Juan Andrea, cuyo capitán Sancti Pietro le ordenó a Miguel conducir a 12 arcabuceros en un esquife, donde Cervantes recibió tres balazos de plomo de arcabuzazos, dos en el pecho y uno en la mano izquierda lo que convalidó el sargento Antonio Godínez de Monsalve, quien «ha oído decir a otras muchas personas [...] como el dicho Cervantes había peleado muy valientemente» (ibid., 53-54).

Este día Miguel estuvo enfermo de calentura, pero puso oídos sordos al consejo de sus compañeros de quedarse bajo cubierta y gritó que «quería morir peleando por Dios y por su Rey, que no meterse bajo so cubierta y su salud, y solicitó que le destinasen al puesto más peligroso» (ibid., 50-51). Ramos Oliver (2016, 46) declara que

...se ponen de manifiesto valores éticos y morales propios de un soldado que ha abrazado la profesión de las armas como respuesta a una vocación, que la ejerce con dedicación y espíritu de sacrificio. Y estos valores son el compañerismo-la cohesión del grupo-reflejada en esa preocupación por el qué dirían de él; el honor o hacer lo que el deber le demanda; afrontar la muerte por ideales superiores y el deseo de ser empleado en las ocasiones de mayor riesgo y fatiga...

En ese marco, corrijo el error recurrente de los eruditos, apoyándome en las *Ordenanzas* de 1568, que diluciden las normas, tácticas y procedimientos que debía seguir la Infantería abordaba en los combates navales, a saber, fue el capitán Sancti Pietro, quien le mandó dirigir a Cervantes a 12 arcabuceros, y no el capitán Urbina, puesto que el mando superior de los



soldados de guerra desempañaba el capitán de la galera pese a que las compañías llevaban a sus capitanes.

Aun fue Sancti Pietro, quien decidió en qué capacidad y dónde debió servir Miguel porque los soldados que «han de residir en las galeras [...] han de ser tomados y escogidos por el capitán de la misma galera adonde han de servir, y gobernados por él y por sus cabos de escuadra como hasta aquí se ha hecho» (AGS, Estado, legajo 445).

No cabe duda que Miguel, soldado de confianza, sabía garantizar la disciplina y administrar el buen orden, y por esta razón, desecho las fantasías de algunos biógrafos, quienes hacen correr que a un bisoño Cervantes, enfermo de calenturas, de unos 4 ó 5 meses del servicio castrense, sin ninguna experiencia en la batalla, Sancti Pietro, responsable por unos 200 soldados, confió el mando de 12 arcabuceros en uno de los cuatro lugares más peligrosos de su galera que es el reducto del esquite. Esa no es la verdad porque tal orden representa la misión suicida de Pietro.

Por eso, surge la pregunta a los eruditos, quienes postulan que Miguel era bisoño durante la batalla de Lepanto, ¿por qué Pietro no encomendó el mando de 12 arcabuceros al magnífico Juan Bautista Villanueva o a los alféreces Gabriel de Castañeda y Mateo Santisteban, hombres de mucha experiencia guerrera? Estoy seguro que Cervantes no era un bisoño sino al menos cabo de escuadra, rango inmediatamente superior a soldado de primera que en la Infantería suele formarse por 5 ó 6 soldados y en la práctica nunca más de 12 aunque en teoría se asignaba 25 hombres. Según Londoño

los cabos de escuadra son cabezas de cada 25 soldados que forman una escuadra. Los han de alojar repartidos en camaradas, y tenerlos en conformidad, amonestándoles que sirvan bien, y con las armas que sus Capitanes les hubieren señalado, sin hacer cosa no debida, ni partirse de su escuadra, ni del presidio sin licencia del Capitán (Londoño 1596).



En suma, Miguel tenía 12 soldados, esto es, 2 escuadras y solo el Capitán General de las galeras de España pudo nombrar a los capitanes de las galeras y a los cabos, por eso es indispensable encontrar el nombramiento de Cervantes como cabo antes o después del servicio en la galera *Marquesa*, efectuado por el Capitán General de las Galeras de Nápoles, Sancho Martínez de Leyva (1510-1579).

Asimismo, sostengo que conforme a las *Ordenanzas* de 1531, Miguel fue cabo de escuadra o caporal, jefe inmediato de los arcabuceros de adiestrar a la gente de guerra, quien «se hacía cargo de las armas y munición del rey, así como de establecer las guardias, entrenar a los arcabuceros y entregar los soldados al alguacil para acompañar a los esclavos a tierra»

También afianzo que la experiencia en la Guerra de la Alpujarra como un arcabucero le sirvió a Cervantes ocupar el cargo del cabo de arcabuceros, quien tenía la obligación de ser soldado del mar y a la par rectifico otro error de los biógrafos, quienes popularizan erradamente que Miguel pasó 6 ó 7 meses en la enfermería de Mesina, desde el 7 de octubre de 1571 hasta el 29 de abril de 1572.

Afirmo que Miguel estuvo en el hospital 4 ó 5 meses, desde el 7 de octubre de 1571 hasta febrero o marzo de 1572 porque la carta del 5 de mayo de 1572 de don Juan testimonia que Cervantes ya sirvió en febrero o marzo de 1572 bajo Marcoantonio y los versos de la *Epístola* atestan su participación en la toma de Túnez sin tener curadas sus heridas: «vertiendo sangre aun la herida mayor con otras dos quise hallarme por ver ir la morisma de vencida».

A más la profesora Valentina Favarò consolida que el Tercio de Figueroa fue distribuido en «Bisaquino, Burgio, Gibellina, Palazzo Adriano, Sambuca, Sciacca y Villafranca» (2009, 118), el Tercio de Moncada fue transportado a «Agrigento, Naro y Racalmuto» (ibid., 118-119), la compañía de Urbina fue alojada en «Cicorgete» (ibid., 119), y el Tercio de Castañeda y Manrique fue consignado a «Coniglione» (ibid.).



Se desconoce la fecha exacta del alistamiento de Cervantes, no se precisa si se fue a Cicorgete o si se enlistó, tras la salida del hospital en Mesina, en la compañía de Ponce de León, pero se documenta que desde el 24 de abril de 1572, Miguel, flor del ejército español, no fue propiedad de Urbina porque este día en Mesina «su sueldo fue elevado a 3 escudos de ventaja cada mes en el Tercio de Figueroa» (Sliwa 1999, 43).

Según Sánchez Martín, el 19 de abril de 1572, Cervantes figuró en el Tercio de Figueroa, que abarcaba 18 compañías, arrojando «2.665 oficiales y soldados» (2016, 206), y conforme al Teniente Coronel de Infantería, José María Gárate Córdoba, el 16 de julio de 1572, Miguel estuvo en «la compañía de Ponce de León, 2.259 soldados, abordadas en las 16 galeras de Álvaro de Bazán y Guzmán» (1971, 277).

Por otra parte, algunos biógrafos desmontaron el sublime heroísmo de Miguel sin poner de relieve ni un dato legal y sin aplicar la ética investigativa, apoyada en la búsqueda de la verdad, la honestidad y la integridad, reforzada en la investigación científica, cualitativa y virtuosa.

En breve, su intento de asesinar la reputación del héroe de Lepanto, hombre de Dios, y de sus compañeros, contradice a sus explicaciones incorrectas. Sirva de modelo, que en la Marquesa los turcos cortaron el hilo de la vida de más de 40 hombres de los 200 soldados, los 120 heridos, y entre los muertos fueron Sancti Pietro y Agustín Barbárico.

Otro testigo corroboró que en el cuerno izquierdo por la parte de tierra se trabó la batalla muy fuerte «donde es cierto que la gente y soldados de las galeras no estaban ociosos, sino que todos meneaban las manos, y se cumplía así porque los enemigos eran muchos y diestros en pelea naval» (Torres, 1880).

El heroísmo de Miguel certifica la carta del 25 de julio de 1578 del III duque de Sesa, desdeñada por los biógrafos, sobre la defensa de la galera *Sol*, cuando Cervantes fue preso y llevado a Argel, que reza que «donde al presente está esclavo, habiendo peleado antes que le captivase, muy bien, y cumplido con lo que debía, y de manera que así por haber [sido] capturado en servicio de Su Majestad» (Sliwa 1999, 57).



El General Ramos Oliver advierte que el capítulo I de las actuales *Reales Ordenanzas* decreta que el soldado «ejercerá su profesión con dedicación y espíritu de sacrificio (y) deberá tener amor al servicio y constante deseo de ser empleado en las ocasiones de mayor riesgo y fatiga» (2015, 86).

En relación con esto es conveniente preguntar a los académicos, quienes propalan que Miguel no era héroe, si tampoco lo eran los 400 soldados de Figueroa, quienes pasaron al filo de la espada a unos 7.000-10.000 soldados del conde Luis de Nassau (1538-1574) el 21 de julio de 1568 en Jemmingen, o si los 16.000 infantes y 5.500 jinetes del *duque de Hierro*, quienes pasaron a cuchillo a 3.000 enemigos de los 21.000 infantes y 9.000 jinetes del príncipe Guillermo de Orange-Nassau (1533-1584) en la batalla de Jodoigne, el 16 de octubre, perdiendo sólo a 20 soldados, tampoco eran héroes. El General Ramos Oliver constata que en las obras cervantinas están reflejados «sus conocimientos militares y, lo que es más importante, su mentalidad castrense, su concepto de la milicia plenamente válido en la actualidad, que permite calificarlo como soldado ejemplar» (2015, 86).

A más, Miguel declara en *El Quijote* (II-XVIII) que el servicio de las armas es una escuela de sacrificios, valores y virtudes que ennoblecen al individuo, que se encarga de «ser casto en los pensamientos, honesto en las palabras, liberal en las obras, valiente en los hechos, sufrido en los trabajos, caritativo con los menesterosos y, finalmente, mantenedor de la verdad, aunque le cueste la vida el defenderla».

De ahí se infiere que Cervantes poseía la sublimidad inspirada por los altos pensamientos y su heroicidad que señalaron la nobleza de su alma, ejecutaron acciones sobresalientes y produjeron los bellos sentimientos dignos de admiración, elogio e imitación.

Este fue el camino de Miguel, hombre de un mérito singular, en la edad heroica de la Europa cristiana, según los datos y los textos literarios del escritor. Cervantes, hombre del corazón lleno de la nobleza, pundonor y de coraje sobrehumano, historió con agrado y orgullo que participó en «la más alta ocasión que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros» (ibid. II).



Ahora bien, otro tema de mucho interés es el arcabuz, «la maldita máquina» (ibid.), que dio tres heridas a Cervantes, quien avaló que

a cuyo inventor tengo para mí que en el infierno se le está dando el premio de su diabólica invención, con la cual dio causa que un infame y cobarde brazo quite la vida a un valeroso caballero, y que, sin saber cómo o por dónde, en la mitad del coraje y brío que enciende y anima a los valientes pechos, llega una demandada bala, disparada de quien quizá huyó y se espantó del resplandor que hizo el fuego al disparar de la maldita máquina (ibid.).

Esta «diabólica invención» (ibid.) fue un arma de fuego de un tamaño de 90 a 130 cm y de un peso de 4-7 kg que tiraba proyectiles letales de 19 a 30 mm de diámetro a una velocidad de 200 m por segundo, cuyo alcance eficaz no excedía de los 25-30 m en el mejor de los casos.

No obstante, algunos biógrafos pregonan que las heridas de Cervantes eran de poca monta a pesar de su condición crítica, quien detalló en su Epístola que «yo, triste, estaba con la una mano de la espada asida, y sangre de la otra derramaba; el pecho mío de profunda herida sentía llagado, y la siniestra mano estaba por mil partes ya rota».

Seguramente Cervantes estaba mordiendo un trapo como único anestésico cuando los médicos utilizaban instrumentos candentes para evitar las hemorragias a fin de contener la sangre con ligaduras y cauterizar las bocas de las arterias con un cuchillo muy bien afilado.

El hueso cortaban con una sierra de hacer peines muy finos y la cura final hicieron con una mezcla de clara de huevo, sangre de drago, bol arménico y acíbar.

Miguel al recuperarse de sus heridas fue incorporado como soldado de Infantería de la compañía de Ponce de León, la que alabó en el entremés del *Vizcaíno fingido* así: «Entre los que siguen la guerra, cual es mejor, la caballería o la infantería; y hace averiguado que la infantería española lleva la gala a todas las naciones».



El 29 de abril en Mesina, Cervantes figuró como uno de «los 80 soldados de la compañía de Ponce de León, recaudando 3 escudos de ventaja al mes» (Sliwa 1999, 43), puesto que los restos del Tercio del maestre de campo Moncada, el 5 de marzo de 1573, fueron incorporados en dicha compañía, pero los biógrafos hasta hoy publican incorrectamente que Miguel y Rodrigo terminaron de servir en el Tercio de Moncada o en el de Figueroa antes de salir de Nápoles en 1575. Es apropiado evocar la pregunta del ingeniero madrileño José Palau Cuñat, a saber, Cervantes ¿fue infante de Marina?

Muchos son los autores que han tratado el tema de la Infantería de Marina española, hasta alguno de ellos afirma categóricamente que Cervantes fue marino, o incluso soldado de Marina. Eso sí, sin aportar ninguna prueba documental que avale sus afirmaciones (2013, 103-104).

El historiador Belloso Martín refuta las ideas erróneas de los cervantistas así:

Contrariamente a la opinión de algún autor, en la Sicilia del siglo XVI no existió el Tercio de las galeras de Sicilia. Los soldados destinados a combatir en las galeras no formaban un cuerpo exclusivo de infantería de marina, sino que eran compañías de infantería del tercio fijo, que de manera rotatoria y temporal embarcaban para las diferentes campañas militares (2010, 203-04).

El historiador Agustín Ramón Rodríguez González, Académico correspondiente de la Real Academia de la Historia, dice que

un error muy común, incluso entre los profesionales de la Historia, es contemplar el pasado desde nuestra perspectiva de hoy día, creyendo que las cosas han variado poco o nada desde entonces. Lo cierto es que las cosas han cambiado mucho desde el siglo XVI y el XVII, época dorada de nuestros Tercios, pues entonces nuestros militares ni se planteaban si pertenecían al Ejército o la Armada: ellos habían jurado servir con las armas a su Rey y su Religión, y si era por tierra o por mar, se trataba de una cuestión absolutamente secundaria, fruto de las circunstancias o de las aptitudes y gustos de cada uno (2014, 57).



El 15 de junio de 1572, Álvaro de Bazán transportó a los soldados del Tercio de Moncada y dos compañías del Tercio de Figueroa, donde estuvo Cervantes, quien el 6 ó 7 de julio, partió de Mesina en una de las 140 naves bajo el mando de Marcantonio para proseguir la guerra contra los turcos, agrupándose bajo don Juan el 1 de septiembre en la isla Corfú, la que Miguel perpetuó en *El Viaje del Parnaso* así:

«A vista de Corfú y, a mano diestra, la isla inexpugnable se dejaron. Y dando la galera a la siniestra, discurría de Grecia las riberas, adonde el cielo su hermosura muestra».

El 8 de septiembre, formando una armada de 218 galeras y 50 galeotas se encaminaron hacia las islas de la Península Morea, y el 9 de septiembre en las Guminizas don Juan dio orden

de tener muy gran cuidado todas las personas que gobiernan la dicha armada de hacer que la gente en ella va viva con muy gran religión, a tal que Dios Nuestro Señor nos ayude en la Santa y Justa impresa que llevamos (*Órdenes Militares*, legajo 3.509).

El 10 de septiembre don Juan partió del puerto Lagumeniza en busca de la *Poderosa Armada Turca* que estuvo en la bahía de Navarino, pero al ser avisado Uluç Ali se refugió con su armada en el puerto de Modón y a la llegada a la bocana del puerto de Modón de don Juan, el 16 de septiembre, ya no pudieron forzarle a combatir a pesar de la superioridad aplastante de la *Armada Cristiana*.

Miguel formó parte de la galera *San Lorenzo de Sicilia*, incluida en las 29 galeras al mando del catalán Juan de Cardona y Requesens (1530-1609), Capitán General de las galeras de Sicilia. Cervantes describió el combate de Navarino del 7 de octubre de 1572 de esta manera:

Halléme el segundo año, que fue el de setenta y dos, en Navarino, bogando en la capitana de los tres fanales.

Vi y noté la ocasión que allí se perdió de no coger en el puerto toda la armada turquesca porque todos los leventes y jenízaros que en ella venían tuvieron por cierto que les habían de embestir dentro del mismo puerto, y tenían a punto su ropa y



pasamaques, que con sus zapatos para huirse luego por tierra, sin esperar ser combatidos (*El Quijote*, I-XXXIX).
pasamaques, que con sus zapatos para huirse luego por tierra, sin esperar ser combatidos (*El Quijote*, I-XXXIX).

Esta expedición guerrera, de acuerdo con Miguel, fue la única ocasión de aniquilar la flota otomana en uno de sus puntos de refugio y aunque Cervantes detestó la negligencia de los generales, así como su erróneo proceder de la empresa castrense de Navarino, su espíritu militar de liderazgo quiso luchar por la gloria de Dios y la grandeza de su patria para exterminar la *Armada otomana*.

Tras la marcha de Navarino la compañía de Ponce de León permaneció «en Sicilia» según la carta del 5 de noviembre de 1572, encontrada por Belloso Martín (2010, 126), y no en fue estacionada en Nápoles como lo avisan erradamente los biógrafos cervantinos.

Aun, Belloso Martín asegura que en invierno de 1572, Miguel sentó plaza en la compañía del capitán Ponce de León, alojado «con 102 soldados en Villafranca», y el 17 de noviembre fue compensado con «10 escudos a cuenta de su sueldo de la compañía de Ponce de León por libranza de don Juan» (2015, 84, 141).

No obstante, las quejas de Carlos de Aragón contra la presencia del Tercio de Figueroa en Sicilia tuvieron la culpa de que se llevase una parte de dicho Tercio a principios de diciembre de 1572 a Génova para refugiarse en Lombardía, deteniéndose por mal tiempo en Roma para besar el pie de Su Santidad Gregorio XIII (1502-1585) cuando «la nave capitana de Figueroa paró en Civitavecchia» con arreglo a la carta del 5 de diciembre de 1572 de Andrea Doria, localizada por Belloso Martín (2010, 246).

El 8 de mayo de 1573 Miguel estuvo en Mesina, donde se tomó la muestra al Tercio de Figueroa que ofreció un total de «2.010 soldados, incluidos los oficiales de la primera plana y 226 mosqueteros, donde aparece la compañía de Ponce de León, que encierra 157 soldados y 20 mosqueteros, entre ellos, Miguel» (ibid., 2015, 84-85).



El 1 de agosto de 1573 don Juan salió de Nápoles con la mayor parte de la flota, esperando recoger el resto de naves y pertrechos de guerra a su paso por Mesina, Palermo, Trápana, y la isla Favignana en Sicilia.

En Zancle se reunió con el I Marqués de Santa Cruz y toda la flota se agrupó «en el puerto de Austria, 18 millas de Trapani» (ibid., 128-129), donde se encontraba Miguel en la compañía de Ponce de León. La orden de don Juan fue tomar la plaza de Túnez, devolver el trono a Muley-Hamet, y destruir las fortificaciones de la ciudad y de La Goleta.

La venida de don Juan al golfo de Túnez, el 8 de octubre de 1573, produjo un pánico y Muley-Hamida,

«el moro más cruel y más valiente que tuvo el mundo»
(*El Quijote*, I-XXXIX) y sus jenízaros huyeron a las montañas.

Así que el 10 de octubre Álvaro Bazán fue acompañado por el Tercio Fijo de la Isla de Sicilia, de Castañeda y Manrique, donde ya servía Cervantes para tomar posesión de Túnez.

En La Goleta se reemplazaron «2.500 soldados veteranos por otros bisoños, sacando, entre otros, 4 compañías del Tercio de Figueroa que hacían temblar la tierra con sus mosquetes» (Belloso Martín, 2015, 85). Antonio Godínez de Monsalve, quien estuvo con Cervantes en la jornada de Túnez, aseveró el 20 de marzo de 1578 que «fue a Navarino, después a Túnez y La Goleta» (Sliwa 1999, 225).

El 8 de noviembre de 1573 según la carta de Sancho de Corroza se demuestra que las dos compañías del Tercio de Figueroa que «estaban en Malta tenían 317 soldados conforme a la muestra que se les tomó cuando se embarcaron para ir a Sicilia; en la de Juan de Anaya de Solís, 159 soldados, y en la de Manuel Ponce de León, 158 (Belloso Martín 130-31, 250), y estaban destacadas según el brigada de infantería del Regimiento de Infantería del Tercio Fijo de la Isla de Sicilia, no.º 67, Miguel Ángel Domínguez Rubio «a la isla de Malta en apoyo a la orden de los caballeros de San Juan o de Malta, sólidos aliados de la Corona Española, aparentemente como medida provisional» (ibid., 2015, 170).



Por primera vez se exhibe la estancia de Miguel en Malta, quien la eternizó así:

La escuadra de Malta o algunas de las de Sicilia (*El amante liberal*), y de Malta el gran maestro, a quien secretas espías dan aviso que en Oriente se aperciben en las bárbaras saetas, teme, y envía a convocar la gente que sella con la blanca cruz el pecho, porque en su fuerza su valor se aumente (*El Viaje del Parnaso*).

Sin duda, la documentación y las obras literarias cervantinas ponen en evidencia la presencia de Cervantes en *Melite*, y la carta del 20 de febrero de 1574, destapada por Bellosó Martín (2015, 86), del duque de Terranova a Felipe II hizo referencia a la estancia de la compañía de Ponce de León en *Μελίτη* en noviembre de 1573 e insistió a don Juan dejarle al menos 3.000 soldados para reforzar el Tercio de Sicilia.

A raíz de esto, don Juan decidió que se quedasen en el Reino de Sicilia dos compañías más que eran las de los capitanes Juan de Anaya de Solís y de Manuel Ponce de León con aproximadamente 500 soldados que fueron transportados desde Malta a Sicilia.

Conforme al nuevo dato de Bellosó Martín, Sancho de Corroza mencionó dichas dos compañías cuando a principios de noviembre preparaba «una relación de lo que se debe a la Armada hasta fin del mes de octubre del año 1573» (ibid.).

En el capítulo de la Infantería española se señala doce viejas compañías de Figueroa «diez de ellas han estado en La Goleta y las otras dos están en Malta» (ibid.). Por eso, corrijo otro error de los eruditos, quienes articulan inexactamente que Miguel estaba en Nápoles en el otoño de 1573 y luego pasó a Cerdeña.

Esa no es la verdad según dicho testimonio, pasado por alto por los biógrafos cervantinos, que patentiza que Cervantes estuvo en Siracusa desde fines de noviembre de 1573 hasta junio de 1574 cuando en Mesina se hizo la muestra de las 13 compañías del Tercio Fijo de Sicilia en el que la compañía de Ponce de León fue ingresada con la del capitán Juan de Anaya de Solís.



Concerniente al acuartelamiento de Miguel en *Maleth* es posible que se haya alojado en el Fuerte de San Ángel en Birgu, donde se ubicaba la Soberana Orden militar y hospitalaria de San Juan de Jerusalén, de Rodas y de Malta, en la ciudad fortificada de *La Humildísima Ciudad de La Valeta* sobre el monte Sciberras al otro lado del Gran Puerto, en las fortificaciones de Floriana, unos de los suburbios de La Valeta, en las plazas fuertes, en las casas civiles o en las montañas.

También estimo que en el tiempo libre Miguel y Rodrigo visitaron, a modo de ejemplo, el Teatro griego, la Latomía Orecchio di Dionisio, la Latomía del Paraíso, la Fuente de Aretusa, el Templo de Apolo, el Templo de Zeus, y la Tumba de Arquímedes, cuyas influencias se nota en las obras maestras del famoso escritor. El brigada de infantería Domínguez Rubio adjunta que

hay otras interpretaciones más equilibradas y ponderadas como las que encontramos en la pluma de Manuel Fernández Nieto, quien, con mesura, nos traslada la siguiente reflexión la inactividad militar, con las tropas invernando sin ningún plan concreto -invierno de 1574- la pudo suplir con la asistencia a las distintas academias literarias que existían. Una tarea no excluía la otra como se puede comprobar en los excelentes soldados-escritores que acompañaron a Carlos V ... No son nada descabelladas las suposiciones de un Miguel lector, interesado en los autores y obras que luego recogerán en sus escritos y que, tal vez, pudo leer y comentar en alguna de las reuniones académicas.

Esta dedicación complementaria justificaría sus conocimientos sobre la lírica de Petrarca, Boccaccio y su Decamerón, los Orlandos, el in-namorato y furioso, de Boiardo y Ariosto, respectivamente, y la Arcadia de Sannazaro, presentes en mayor o menor medida en sus novelas y teatro... y lo más lógico es pensar que se acercó a ellos en este momento (2015, 161).

En vista del servicio de Miguel en el Tercio Fijo de la Isla de Sicilia destaco por primera vez la existencia de una Bandera de mochila del actual Regimiento «Tercio Viejo de Sicilia», n°. 67, de guarnición en San



Sebastián-, que fue colocada por el soldado Santiago Cubas, actual Teniente Cubas, quien participó en las excavaciones en 2015 y estuvo al mando del brigada de infantería Miguel Ángel Domínguez Rubio-, en el convento de las Trinitarias Descalzas de San Ildefonso, cuya presencia es el recuerdo del último alistamiento de Cervantes en la compañía del capitán Ponce de León desde finales de 1573 hasta septiembre de 1575. Belloso Martín explica, además, que

a finales de 1573 la compañía de Ponce de León fue traspasada del Tercio de Lope de Figueroa al Tercio Fijo de Sicilia. El Virrey de Sicilia Carlos de Aragón tenía muy mermado el Tercio fijo de Sicilia y solicitó refuerzos a Juan de Austria. Así fue como Cervantes, integrado en la compañía de Ponce de León, puso finalmente a servir en el Tercio Fijo de Sicilia y permaneció el invierno de 1573 a 1574 en este Reino (2015, 150-151).

De igual forma, Belloso Martín cita el nuevo dato del 12 de febrero de 1574 en Palermo del conservador Esteban de Monreal al *Rey Católico*, en el que mencionó 22 compañías derramadas por todo el reino de Sicilia porque cada una está en su lugar,

por lo que tendrá que rematar cuentas con toda la Infantería, igualando las pagas de las compañías que han estado en La Goleta con las otras que han estado en Sicilia, sin olvidarse de reseñar las dos que estaban en Malta y que han quedado adscritas a este tercio (ibid., 306).

Respecto a la carta, del 12 de febrero de 1574, de Monreal se descubre que Miguel y Rodrigo pertenecieron a «la compañía de 144 soldados del capitán Ponce de León, acomodada en el presidio de Siracusa» (ibid.).

Asimismo coincido con la excelente observación del brigada de infantería Miguel Ángel Domínguez Rubio, quien sostiene que:



hay que rechazar que los documentos de pago de atrasos a Miguel de Cervantes fechados en la ciudad de Nápoles en febrero y marzo de 1574 lo sitúen en aquella ciudad: 'Orden a los Oficiales de la Armada para que librasen a Miguel de Cervantes, soldado de la compañía de D. Manuel Ponce de León, 30 escudos a cuenta de su sueldo, Nápoles 15 de febrero de 1574' y '[...] deis a Miguel de Cervantes treinta escudos que le mando librar, del cual tomaréis su carta de pago, con la cual y la presente os serán recibidos y pasados en cuenta.

Nápoles a 10 de marzo de 1574.' Lo que nos cuentan estos documentos es que se deben unos atrasos a ciertos soldados que, en su momento, y formando parte del tercio de Figueroa estaban vinculados a la armada de D. Juan de Austria por lo que son sus oficiales quienes deben pagarles estos atrasos, aunque estuvieran ya en otro tercio (en el s. XVI los Tercios de Infantería cobraban por la caja del Ejército si estaban en tierra y por la de la armada correspondiente, que se creaba al efecto, si se embarcaban, como era la Armada al mando de Juan de Austria). De análoga manera en el asiento firmado en Palermo en noviembre de 1574 es el pagador general de la Armada de la Liga, años 1571-1574 Juan de Morales de Torres, quien hace los pagos por los atrasos: 'Asiento de 25 escudos pagados a Cervantes a cuenta de su sueldo, por libranza del duque de Sesa. Palermo 15 de noviembre de 1574' (2015, 171).

A principios de mayo de 1574 don Juan recibió aviso urgente del caballero milanés Gabrio Cervelloni, capitán general de la Artillería de la Armada en Lepanto, de que los turcos aparejaban una muy poderosa armada para retomar La Goleta, pero la respuesta de Felipe II ostentó poco interés en su defensa sin concederle ayudas a don Juan. A tal efecto, en mayo don Juan se dirigió a Génova con las escuadras napolitanas y sicilianas e hizo esfuerzos de obtener del papa el título de Rey de Túnez, pero fatigado de esperar órdenes de su hermanastro salió de Génova a Nápoles, Mesina y Palermo, reclutando gente por todas partes y juntando naves mientras los turcos preparaban su revancha, presentada ante Túnez, bajo el mando de Euldj Alí (1519/20-1587), y el del almirante turco Sinán Bajá (?-1596).



Al reunir en Mesina una mediana flota, el 7 de agosto, don Juan se embarcó en La Spezia tras recoger la Infantería española de García de Mendoza y la compañía de Ponce de León y volvieron a Palermo para juntarse con todas las tropas, empero el mal tiempo impidió realizar una rápida acción y llegar a las costas africanas. Por consiguiente, tomaron puerto en Trapani, donde el 13 de septiembre les llegó la noticia de la caída de Túnez mediante una galera francesa, en la que arribaron Juan Zagonera con 50 soldados, únicos restantes de la brillante guarnición en Berbería.

El 25 de agosto capitularon los defensores de La Goleta y el 13 de septiembre se rindió Túnez, cuyo resultado fueron 3.000 soldados muertos, el Fuerte nuevo arrasado sin concluirlo, y La Goleta borrada para siempre del suelo africano.

Miguel participó en dicha empresa y la recordó en *El Quijote* así:

Perdióse, en fin, La Goleta, se perdió el Fuerte sobre las cuales plazas hubo de soldados turcos pagados 75.000 y de moros y alárabes de toda el África más de 400.000 acompañado este número de gente con tantas municiones y pertrechos de guerra y con tantos gastadores que a puñados y con las manos de tierra pudieran cubrir La Goleta y el Fuerte [...] Perdióse primero al Goleta tenida hasta entonces por inexpugnable y no se perdió por culpa de sus defensores, los cuales hicieron en su defensa todo aquello que debían (I-XXXIV).

En este punto formulo que Cervantes estuvo en la guarnición del fuerte de La Goleta, siendo soldado de de Ponce de León, sitio que dejó antes del contraataque otomano, lo que testifican sus versos al secretario Mateo Vázquez de Leca (1542-1591) que dicen que «Dios sabe si quisiera allí quedarme con los que allí quedaron esforzados, y perderme con ellos o ganarme; pero mis cortos implacables hados en tan honrosa empresa no quisieron que acabase la vida y los cuidados» (*Epístola*).

Asimismo, documento que Miguel estuvo en Cerdeña según la carta del 10 de septiembre de 1574 del contador general de la Armada, Sancho de



Corroza, quien relata que las 14 compañías de Infantería del Tercio de Figueroa fueron a invernar a Cerdeña.

Al fin y al cabo, Cervantes apuntó el destino trágico que vivieron los defensores del fuerte de La Goleta, en esencial, el gobernador Pedro Portocarrero, «poco soldado» según don Juan, prisionero de los turcos, antes de fallecer en el viaje a la *Reina de las Ciudades*.

El brigada de infantería Miguel Ángel Domínguez Rubio esclarece que

quizás Miguel de Cervantes quedó dolido por las palabras de D. Juan de Austria, quizás quedaron allí muchos antiguos camaradas de armas y les rinde justo homenaje o quizás rompe una lanza a favor de Pedro Portocarrero, casualmente el padre de los dos hijos que por entonces están relacionados en Madrid con las hermanas del escritor. También habría que contemplar que el general Pedro Portocarrero hizo el relevo en la Goleta a Díez Carrillo de Quesada con quien Miguel de Cervantes, casualmente, compartió mucho cuando navegando en la galera *Sol*, cayó cautivo por los piratas (2015, 166).

En verdad, fue una gran pérdida no sólo del territorio español en el norte de África sino también de muchos soldados de las compañías de los Tercios, por lo que se hizo muestra, *inter alia*, de la compañía de Ponce de León, donde militaba Miguel en conformidad con la carta del 1 de octubre de Monreal, detectando «el problema de la poca gente que había en las compañías de la infantería tras el reconocimiento que hizo por Mesina, Augusta, y Siracusa» (Belloso Martín 2015, 135).

El nuevo documento de Belloso Martín comprueba que las «dos compañías a las que se ha tomado muestra en Siracusa, la de Morales y la de Manuel Ponce no llegaban entre ambas a 140 soldados» (ibid., 136), y el 1 de noviembre de 1574 se hizo la muestra del Tercio de Figueroa, el que quedó «reducido a las 22 compañías, donde se hallaron presentes 2.773 oficiales y



soldados, cuyo coste mensual ascendía a 21.168 escudos» (Sánchez Martín 2016, 209), empero no se registraron en ella las dos «malteses» pasadas a Sicilia. A pesar de ello, Domínguez Rubio aconseja que

para seguir la pista a Miguel de Cervantes se ha de indagar también en las muestras que se realizan para pagar los sueldos. En las muestras custodiadas en el Archivo General de Simancas de febrero, junio y octubre 1574, estas dos compañías desgajadas del Tercio de Lope son pagadas junto al resto del Tercio de Sicilia» (2015, 173).

Efectivamente, dichos documentos avalan la estancia de Miguel en Siracusa en septiembre y octubre de 1574, y la realización del pago a Miguel, soldado de Infantería, retribuido el 15 de noviembre de 1574 en *Panormus*, prueba que Cervantes seguía en Sicilia a fines de 1574, recompensándole el III duque de Sesa con 25 escudos de a 10 reales castellanos como «soldado aventajado» con un sueldo mensual de 3 ducados, acorde con la cuenta del pagador de la Armada Juan Morales de Torres (Sliwa 1999, 42), sueldos que se proporcionaba solo a

«personas beneméritas en la batalla de Lepanto»
conforme al testimonio del 17 de marzo de 1572 (*ibid.*, 43).

El General de Brigada José María Sánchez de Toca y Catalá proclama que «Cervantes era uno de los 335 premiados por don Juan de Austria en la ocasión de Lepanto; estaba en el 4% de distinguidos, la crema de la crema del ejército del Rey» (2016, 69). Igualmente el brigada de infantería Ángel Domínguez Rubio observa que

el mismo Gabriel de Castañeda indica en otro apartado que las cartas de recomendación que consiguió Miguel de Cervantes para obtener el permiso de levantar una compañía de Infantería y las llevaba con él cuando cayó prisionero, las pudo leer en Argel, algo que entra en contradicción con la certificación que emite años más tarde el duque de Sesa, uno de los firmantes de las citadas



citadas recomendaciones en que confirma que se perdieron el día que cayó Miguel de Cervantes prisionero en la galera Sol (2015, 164).

Para concluir, antes del 18 de junio de 1575, Miguel pasó a Nápoles, donde don Juan y el III duque de Sesa le hayan concedido las cartas de recomendación para pedir a Felipe II permiso de formar su propia compañía. Empero antes de dicha fecha, Cervantes tenía que recibir de Ponce de León y de Castañeda y Manrique la licencia para irse a su patria. Incluso el Coronel Juan Hernández Gutiérrez asiente que «cuando [Miguel] pide licencia para volver a España lo hace al Virrey de Sicilia, de quien dependían los Tercios de Sicilia, el suyo, y el de Figueroa, éste último temporalmente» (Hernández Gutiérrez, 2014, 55). Londoño asevera que

nadie sino los mismos Capitanes han de dar licencia a sus soldados para pasarse a otras compañías, pero no se les han de poder dar para irse del Tercio, ni del ejército, y en caso que el soldado fuese agraviado, y el Capitán no quisiese darle licencia, el Maestro de Campo constándole del agravio se la debe dar para otra compañía del Tercio, o fuera, pero no para irse del ejército, que para ello sólo el Capitán General la ha de dar (1593).

Al contrario de las fantasías de los biógrafos cervantinos, por primera vez, revelo, basándome en la documentación conservada, que Miguel pasó más o menos 2 años en Sicilia, participaba en las expediciones militares de la compañía de Ponce de León y permanecía, *inter alia*, algunos semanas o meses en las bases navales de los puertos de Civitavecchia, Malta, Nápoles, Siracusa y Villafranca Sícula con breves estacionamientos, sirva de ejemplo, en las bases castrenses de Bizerta, Cefalonia, Cerdeña, Chipre, Favignana, Génova, La Goleta, Lombardía, Marsala, Mesina, Milán, Modón, Morea, Navarino, Nicosia, Palermo, Roma, Trapani y Túnez, participando en las operaciones secretas en el Levante Mediterráneo, lo que autentifica del



del III duque de Sesa, el 25 de junio de 1578 al dar fe que

«sé y me consta que se halló en la batalla y rota de la Armada del Turco, en la cual, peleando como buen soldado, perdió una mano; y después le vi servir en las demás jornadas que hubo en Levante» (Sliwa 1999, 57).

Es enigmático cómo Miguel pasó su tiempo libre en *Neápolis* hasta el 7 de septiembre de 1575, antes de viajar a España, pero sin duda alguna no malgastó este período porque los españoles manifestaron su afición por las Bellas Letras al encontrarse en tierra extraña. Domínguez Rubio lo ilustra correctamente al decir que

viéndolo desde el punto de vista de un soldado actual, con el agravante de la diferencia en cuanto a calidad de vida de aquellos y nosotros, no podemos dejar de preguntarnos cómo pudo Miguel de Cervantes, en continua campaña y con su compañía moviéndose cada pocos meses por los diferentes escenarios mediterráneos tener tanto tiempo libre para realizar tranquilas visitas a todas las ciudades italianas y leer tal cantidad de obras literarias, las cuales, por supuesto, había que pagar, punto este que parece no tener importancia en los análisis de los que tratan sobre estos aspectos.

Nuevamente Fernández Nieto con su moderno criterio pondera la situación: 'es evidente que sentía una gran vocación por la vida de soldado, amaba la acción, pero también le atraía la literatura y ambas pasiones tenía posibilidad de cultivarlas durante su estancia en tierras italianas' (2015, 161).

De igual manera, estoy de acuerdo con el brigada de infantería Domínguez Rubio, quien opina que «sobre esta doble vocación está claro que Miguel de Cervantes tenía a la milicia en alta estima y amaba la literatura. Fue militar y quiso seguir siéndolo aunque no pudo por su captura por los piratas en 1575» (ibid., 161-162).



Creo que la vida castrense no solo le permitió a Cervantes recorrer las costas de Albania, Grecia y África y cruzar cinco mares: el mar Adriático, las Siete Islas del mar Jónico, los archipiélagos e islas en el mar Tirreno, los puertos de La Spezia y Savona del mar Liguria, donde alababa «la grandeza de las Cinco Viñas» (*El Quijote*, II-L), y el *Mare Nostrum* sino también durante sus secretas expediciones se acercó al mar Negro viendo «las torres del mar Negro» (*El Amante liberal*), las que ha conocido de las conversaciones entre su padre y Álvaro de Sande, quien juntamente con Sancho de Leiva fue aprisionado en la Torre del mar Negro, de donde el que entra jamás sale. Huelga destacar, además, que el brigada de infantería Miguel Ángel Domínguez Rubio nota que

Miguel de Cervantes debía de tener una memoria portentosa o tomaba notas en cuadernos para poder ser tan detallista en sus escritos pues difícilmente un soldado podía haber visto tanto mundo y de forma tan precisa, por lo que probablemente, como era costumbre en la época, reproduciría relatos fiables de compañeros veteranos de Italia o textos descriptivos de esos lugares para unirlos a sus recuerdos personales (2015, 160).

Estoy convencido de que Miguel sabía muy bien que soldado por un día, soldado para toda la vida y para la muerte y por eso me opongo a todos los cervantistas, quienes reproducen equivocadamente que Cervantes se cansó de la vida soldadesca, contradiciendo de este modo a la licencia militar que verifica indisputablemente que Miguel quiso llegar a ser un capitán de una compañía a fin de servir en Italia según la declaración del alférez Castañeda, el 20 de marzo de 1578 en Madrid, quien

leyó las cartas que llevaba Cervantes de don Juan de Austria, en que lo recomendaba a S. M. para que le diese una compañía de las que se formasen para Italia, por ser hombre de méritos y servicios, cuyas cartas hicieron que el capitán que le cautivó le tuviese en mucho para el rescate (Sliwa 1999, 51-53).



Por lo tanto, enmiendo el craso error de los biógrafos cervantinos, quienes propagan sin ningún documento fidedigno que Miguel no quiso ser soldado y por lo tanto dejó de serlo.

Esa no es la verdad porque Miguel y Rodrigo al despedirse de Italia no dejaron de ser soldados, ya que las licencias que traían consigo fueron unos permisos temporales de abandonar su unidad, preparadas por su capitán para comparecer en la Corte filipina y solicitar la formación de su propia compañía con el objeto de servir bajo la Bandera española, pero jamás para abandonar el Tercio como lo transmiten erróneamente los cervantistas hasta la fecha.

A continuación, el General Ramos Oliver promulga que Cervantes a lo largo de su trayectoria militar

da muestras de valor o coraje y de generosidad, dos virtudes básicas en las que se asiente la totalidad moral de la persona, y de disciplina, espíritu de sacrificio, sentimiento del honor, compañerismo, amor a la patria y respeto a la dignidad de la persona, fundamentos del espíritu militar [...] y lo importante es el ejemplo que nos lega con su comportamiento como soldado de Infantería española y su pensamiento sobre la profesión militar [...]

En ningún momento olvida que es un militar profesional y aunque pasen los años mantiene vivos sus recuerdos y conocimientos sobre las cuestiones militares en todos sus niveles y facetas [...] Para Cervantes, la milicia es una escuela de valor y sacrificio, de principios, virtudes y valores, de conocimiento, que eleva al individuo y es la más noble actividad a la que puede dedicarse el hombre, ya que tiene por finalidad la consecución de un bien supremo, la paz, entendida como obra de la justicia (2016, 72-73).

Del mismo modo, Ramos Oliver, apoyándose en las Reales Ordenanzas, ratifica que «el militar de carrea debe tener un deseo constante de promoción a los empleos superiores» (ibid., 87), y eso es lo que hacen Miguel, quien quiso llegar a ser un capitán de una compañía, y su hermano



quien llegó a ser alférez del Tercio del maestre de campo, Francisco Arias de Bobadilla (1541-1610).

Aun, hay que contar que solamente Felipe II y el maestre de campo autorizaron a un soldado la salida permanente del Tercio y para reforzar mi punto de vista Sánchez Martín manifiesta que

Cervantes seguía siendo soldado cuando fue capturado en su viaje a España, en virtud de la licencia que había recibido para abandonar temporalmente su unidad y desplazarse a la Corte 'a sus pretensiones' como usualmente se justificaban tales permisos. Aunque el sustantivo licencia se emplea actualmente para dar por concluido un enganche militar, entonces-cuando el enganche era generalmente perpetuo-significaba solamente lo que luego se llamaría permiso (2017, 175).

Domínguez Rubio pone luz sobre los errores de los eruditos y expone que

aunque el nombre del capitán Manuel Ponce de León se repite bastante en los asientos de las pagas, creemos que su figura no ha sido suficientemente estudiada, pues fueron cuatro años los que estuvieron juntos y la figura de un capitán es más fácil de rastrear en los archivos por los constantes movimientos de compañías (2015, 168-169).

Cervantes, «soldado antiguo y valeroso» (*El Viaje del Parnaso*), enunció que

no hay ninguno más pobre en la misma pobreza (que el soldado) porque está atenido a la miseria de su paga, que viene o tarde o nunca, o a lo que garbeare por sus manos, con notable peligro de su vida y de su conciencia; y a veces suele ser su desnudez tanta, que un colete acuchillado le sirve de gala y de camisa, y en la mitad del invierno se suele reparar de las inclemencias del cielo, estando en la campaña rasa, con solo el aliento de su boca, que como sale de lugar vacío, tengo por averiguado que debe de salir frío, contra toda naturaleza (ibid.).

Sin ninguna duda, Miguel deseaba obtener el grado de capitán con la patente llamada de conducta para engendrar su compañía, empero en ese



marco quiero frenar la obsesión de algunos eruditos con respeto a la pregunta por qué Miguel no fue promovido al rango de alférez o porta-estandarte tras sus actos de heroísmo en Italia. La respuesta facilita Beltrán del Salto y de Castilla, quien dice que Miguel «salió herido de una mano, y que le ha visto que de la dicha mano izquierda está manco de tal manera que no la puede mandar» (Sliwa 1999, 54-55).

En una palabra, el papel del alférez fue ser el encargado de llevar y proteger la bandera de la compañía en la batalla a hierro y fuego y esta no pudo caerse al suelo, pues, significaba que la compañía perdía el combate. Así pues, siempre se la sujetaba con la boca, puesto que la pica en la que se traía la bandera pesaba 5 kg, transportándola de forma vertical, nunca al hombro.

En esencia, el alférez podía ocuparse de la compañía cuando el capitán estuviera ausente y durante las marchas tenía un sota-alférez (llamado sota o abanderado), su ayudante, responsable de llevar la bandera cuando no hubo ningún enfrentamiento guerrero. Miguel, pese a sus hazañas memorables, sabía que era impracticable solicitar un puesto de alférez debido a su manquedad, y esa fue una de las razones de querer llegar a ser capitán, «honroso cargo» (*El Quijote*, I-XXXIX).

El General Armada de Sarriá destaca que las virtudes de Miguel que son esencialmente militares y percibe que Cervantes

nos dice cómo debe ser un Capitán, la importancia del prestigio del jefe, la necesidad de la economía de fuerzas, las virtudes del soldado español (brío, arrogancia, austeridad, valor, tenacidad, etc.) y hace un elogio a la disciplina, la obediencia y el valor (2005, 6).

A pesar de ello, algunos biógrafos cervantinos le negaron a Miguel el servicio castrense durante el combate naval de Terceira, el 26 de julio de 1582, sin ninguna prueba documental, olvidando que el ex soldado sabía que la honestidad y la verdad eran las cualidades más esenciales del liderazgo militar y como líder tenía que decir la verdad.



Por eso, el último servicio militar de Cervantes está expuesto en la carta del 6 de junio de 1590, dirigida a Felipe II, donde se proclama que los hermanos Cervantes

fueron a servir a Vuestra Majestad en el Reino de Portugal, y a las Terceras con el marqués de Santa Cruz, y ahora al presente están sirviendo y sirven a V. M. el uno de ellos en Flandes de alferez y el Miguel de Cervantes fue el que trajo las cartas y avisos del alcaide de Mostagán, y fue a Orán por orden de Vuestra Majestad (Sliwa 1999, 225).

En resumen, Cervantes, brillante soldado, practicó lo que predicó, inspiró a sus amigos a cosas mayores, y era su mentor, su maestro y su genuino líder de líderes. Por supuesto, fue un hombre de principios, cuyos secretos del poder, el éxito y las virtudes son desconocidos, pero admirados, imitados y respetados en el planeta.

Miguel, hombre de coraje y devoción, tenía un corazón de amor, fe y líder y gracias a su Don del eterno amor, uno de los impulsos humanos más poderosos, para Dios y las personas, tocó muchos corazones y les ayudó a ser mejores personas y en todas las ocasiones sacrificó su vida para salvar a sus amigos.

En consonancia con su brillante hoja de servicios no solo luchó por tierra y por mar, fue degradado y golpeado,- fracaso tras fracaso,- y nunca se rindió, pero siempre se levantó una y otra vez, siguió luchando y siempre aplicó los principios de liderazgo de combate a la vida. Sin duda, se mostró confiado en la incertidumbre, erradicó la duda mediante la acción de valor, y nunca dejó atrás a sus compañeros de armas.

Indiscutiblemente, «Rey de la Literatura española», según el General Bermúdez de Castro y Tomás (2005, 54), vivió según uno de los muchos versículos bíblicos que reza que «cuanto más grande seas, más humilde debes ser» (Nueva Biblia de Jerusalén, «Eclesiástico», 3:17-18), produjo una reacción de admiración en el mundo bélico, ganó la reputación dentro y fuera del campo de batalla y se convirtió en una persona de honor, un genuino líder y un brillante y ejemplar soldado de las Fuerzas Especiales de Élite, cuyo modelo de perfección obtuvo a precio de su preciosa sangre.



Bibliografía Citada

- Archivo del Museo Naval de Madrid. 1614. Colección Navarrete 3: 479. *Lo que en particular ha de hacer en este viaje cada capitán de galera.*
- Archivo General de Simancas. Estado, Armadas y galeras, legajo 445. *Informe de don Juan de Austria al Rey sobre el gobierno de la Armada después de su nombramiento como Jefe de la Flota, y pasado el verano posterior al nombramiento.*
- Archivo General de Simancas. Estado, Armadas y galeras. *Negociación de Armadas y galeras, legajo 12 rotulado.*
- Archivo General de Simancas. *Relación de la Orden que se debe tener para que se sustente la galera que su Excelencia manda armar, y las demás que se hicieren y armaren para la guarda de la costa de este Reino* 8: 114-18.
- Armada de Sarriá, José Ángel. 2005. "Presentación", *Revista Ejército de Tierra Español*, 66 (775).
- Astrana Marín, Luis. 1948-58. *Vida ejemplar y heroica de Miguel de Cervantes Saavedra.* Madrid: Reus.
- Belloso Martín, Carlos. 2010. *La antemuralla de la Monarquía.* Los Tercios españoles en el Reino de Sicilia en el Siglo XVI. Madrid: Ministerio de Defensa.
- Belloso Martín, Carlos. 2015. "Miguel de Cervantes, soldado de Infantería española". *Revista de Historia Militar* 69 (1): 139-153.
- Belloso Martín, Carlos. 2016. "Miguel de Cervantes, soldado en el Mediterráneo. Nuevos datos para su biografía (1571-1575)". *Cervantes, soldado de la Infantería Española. Revista de Historia Militar* 60 (2): 77-105.
- Bermúdez de Castro y Tomás, Luis. 2005. "Cervantes y el Oficio de la sangre", *Revista Ejército de Tierra Español* 66 (775): 50-54.
- Cabañas Agrela, José Manuel. 2017. *Breve historia de Felipe II.* Madrid: Ediciones Nowtilus.
- Cervantes Saavedra, Miguel de. 1613. *Las Novelas ejemplares.* Madrid: Juan de la Cuesta.
- Cervantes Saavedra, Miguel de. 1999. *Don Quijote de la Mancha.* Madrid: Castalia.
- Cervantes Saavedra, Miguel de. 1971. *Los entremeses.* Madrid: Castalia.
- Cervantes Saavedra, Miguel de. 1905. *Epístola a Mateo Vázquez.*



- Cervantes Saavedra, Miguel de. 1905. *Epístola a Mateo Vázquez*. Madrid: Baena Hermanos.
- Crespo-Francés, José Antonio. 2016. *Miguel de Cervantes Saavedra*. Instituto de Historia y Cultura Militar. Conferencia 10 de mayo.
- Domínguez Rubio, Miguel Ángel. 2015. "Cervantes, soldado de Infantería en el Tercio de Sicilia". *Revista de Historia Militar* 59.1 (112): 155-174.
- Favarò, Valentina. 2009. *La modernizzazione militare nella Sicilia di Filippo II*. Palermo: Associazione Mediterranea.
- Feliú Bernárdez, Luis (2016). "Cervantes, soldado de la Infantería Española". *Revista Ejército de Tierra Español* 77 (900): 5.
- Fernández Nieto, Manuel. 2014. "Cervantes soldado de la Infantería española". *Revista de Historia Militar* 116: 207-242.
- Gárate Córdoba, José María. 1971. *Los Tercios de España en la ocasión de Lepanto*. Madrid: Servicio histórico militar.
- González, Juan Bautista. 2005. "De cómo don Quijote estableció en su Discurso de las Armas y las Letras mandatos ordenancistas y principios doctrinales hogaño vigentes". *Revista Ejército de Tierra Español* 66 (775): 26-34.
- González de la Torre, Juan. 1555. *Diálogo llamado Nuncio legato mortal*. Anvers: Juan Lacio.
- Haedo, Diego de. 1612. *Topografía e historia general de Argel*. Madrid: La Sociedad de Bibliófilos Españoles.
- Hernández Gutiérrez, Juan. 2014. "Miguel de Cervantes, soldado de los Tercios. Soldado del Tercio de Sicilia, 1574-1575". *El Valeroso*, Regimiento de Infantería Ligera, "Tercio Viejo de Sicilia" n.º 67, 10: 54-55.
- Hinojosa y Naveros, Ricardo de. 1896. *Los despachos de la diplomacia pontificia en España. Memoria de una misión oficial en el archivo secreto de la Santa Sede*. Madrid: [s.n.]
- Leonardi, Salvatore. 2013. "Para una biografía de Lope de Figueroa: notas críticas y nuevas aportaciones. Parte primera: hasta la jornada de Djerba y el final de su cautiverio por los turcos (1564)". *Revista de historia militar* 114: 273-384.



- Londoño, Sancho de. 1593. "Discurso sobre forma de reducir la disciplina militar a mejor y antiguo estado". Madrid: Colección Clásicos.
- Mora Lorenzo, Cristina de. 2005. "Miguel de Cervantes (1547-1616): una biografía madrileña y fortuna de los inmuebles que habito en la Corte". *Revista de arte, geografía e historia* 7: 11-41.
- Morales Padrón, Francisco. 1989. *Historia de Sevilla*. Sevilla: Universidad de Sevilla.
- Moreno Hurtado, Antonio. 2017. *Los Cervantes y Cabra*. Cabra: Ayuntamiento de Cabra.
- *Nueva Biblia de Jerusalén*. 1998. Bilbao: Editorial Desclée de Brouwer.
- *Ordenanzas que de parte de su Majestad el rey D. Carlos I expidió en Salucia el Duque de Alba, virrey de Nápoles, a 1 de agosto de 1555, para el régimen y disciplina del ejército de Italia, de que era Capitán General*.
- *Ordenanzas publicadas en Mastreche a 1 de Septiembre de 1568 cuando entró el Príncipe de Orange*.
- Palau Cuñat, José. 2013. Cervantes: ¿infante de marina? *Ejército de Tierra Español*. 871:102-114.
- Ramos Oliver, Francisco. 2016. "Cervantes, soldado de infantería española". *Revista de Historia Militar* 60 (2): 47-76.
- Ramos Oliver, Francisco. 2015. "El servicio de las Armas en *El Quijote*". *Revista de Historia Militar* 1: 85-102.
- Rodríguez González, Agustín Ramón. 2014. "Tres infantes de marina". *Boletín de la Infantería de Marina* 93: 57-60.
- Sánchez de Toca y Catalá, José María. 2016. "El soldado Miguel de Cervantes, de Infantería española". *Ejército: de Tierra español*. 908: 66-72.
- Sánchez Martín, Juan Luis. 2016. "Los capitanes del soldado Miguel de Cervantes". *Revista de Historia Militar* 60 (2): 173-232.
- Sánchez Martín, Juan Luis. 2011. "Lope de Figueroa y Barradas, caballero de Santiago y Comendador de los bastimentos de Montiel. Guadix (Granada), ca. 1541-42-Monzón (Huesca), 28.VIII.1585". *Diccionario biográfico español*. Madrid: Real Academia de la Historia 20: 103-07.
- Sliwa, Krzysztof. 1999. *Documentos de Miguel de Cervantes Saavedra*. Universidad de Navarra: Anejos de Rilce.

